

Familia, género y migración de varones tamaulipecos: dilemas generacionales

Oscar Misael Hernández Hernández*

Resumen: con base en los resultados de un estudio antropológico, en este trabajo se exploran las experiencias migratorias de dos generaciones de varones tamaulipecos. A partir tanto de los relatos derivados de entrevistas con algunos hombres y mujeres adultos, quienes emigraron de localidades y zonas rurales del suroeste de Tamaulipas hacia Ciudad Victoria, la capital del estado, entre 1960 y 1970, como de los de hombres jóvenes, algunos hijos de los primeros, que emigraron de dicha ciudad a Estados Unidos a inicios del siglo XXI. Aquí el argumento es que la emigración de los varones de las dos generaciones estuvo inmersa en dilemas tanto familiares como de género al cuestionarse, negociarse e incluso redefinirse la decisión de realizar la emigración interna o trasnacional.

Palabras clave: migración; varones; Tamaulipas; familia; género; identidades.

Abstract: based on the results of an anthropological study, this article explores the migration experiences of two generations of men from the Mexican state of Tamaulipas. Analysis was based on stories derived from interviews with adult men and women who migrated from towns and rural areas in

* El Colegio de la Frontera Norte. Av. Fuentes de Verónica s/n, Ciudad Industrial, C. P. 87499, H. Matamoros, Tamaulipas, México. Teléfono: (868) 816-1630. Correo electrónico: ohernandez@colef.mx

southwestern Tamaulipas to the state capital of Ciudad Victoria between 1960 and 1970, as well as interviews with young men, some of whom are children of the former, who emigrated from the Ciudad Victoria to the United States in the early twenty-first century. Results show that migration of both generations of males was immersed in both familial and gender dilemmas, as the decision to migrate –either internally or transnationally– was questioned, negotiated, and even redefined.

Key words: migration; men; Tamaulipas; family; gender; identities.

Introducción

Hace casi dos décadas, Nina Glick Schiller, Linda Basch y Cristina Blanc-Szanton afirmaron que si bien la palabra inmigrante evocaba diferentes imágenes asociadas al desarraigo-adaptación cultural, estaba emergiendo “una nueva clase de población migrante [...] compuesta de aquellos cuyas redes, actividades y patrones de vida abarcan tanto a sus sociedades de origen como de acogida” (1992, 1).

Sin duda, las autoras aluden al trasnacionalismo como cualidad de la migración, en tanto un fenómeno cultural complejo que involucra a distintos actores, espacios y relaciones sociales. Dicha complejidad ha sido documentada para el caso mexicano (Durand 1994), en especial en regiones del centro-occidente del país en donde los flujos de emigración a Estados Unidos son mayores. Ésos han sido los más analizados por los estudiosos del tema en México, quienes han resaltado la denominada vida “trasnacional” (Gledhill 2009; Smith 2009; Guarnizo y Smith 2009). Sin embargo, más allá de este fenómeno, se ha estudiado poco la inmigración rural y cómo es que ambas se articulan en el aspecto generacional.

El propósito de este trabajo es mostrar las experiencias migratorias de dos generaciones de varones tamaulipecos, que hoy en día residen en Ciudad Victoria. Con base en parte de los resultados de un estudio antropológico sobre identidades masculinas (Hernández 2007), se abordarán los dilemas familiares y de género que vivieron hombres de zonas rurales al emigrar a Ciudad Victoria, y después las

de algunos de sus hijos y de otros que emigraron a Estados Unidos. La particularidad de estas experiencias radica en que a través de sus casos es posible captar las encrucijadas entre la generación, el género y la migración en tanto un fenómeno complejo que puede ser local y trasnacional pero, sobre todo, el trabajo es importante porque se adentra en un tema poco estudiado en esta región del país a diferencia de otras, como el occidente de México, que tienen una larga tradición migratoria y en las que sólo se han analizado los flujos trasnacionales.

El argumento de partida es que, por una parte, la migración debe analizarse en sus diferentes expresiones, para comprender procesos socioculturales más amplios, ya sea que se trate de movimientos migratorios internos o trasnacionales y, por otra, que la masculina está relacionada con dilemas familiares que a su vez redefinen identidades y relaciones de género (Mummert 2003), así como con cambios estructurales que moldean las vidas de los hombres y de las mujeres.

En este sentido, se retoman los planteamientos de Wainerman (2003), y se concibe que al menos las generaciones de varones tamaulipecos entrevistados han enfrentado un conjunto de situaciones en las que los miembros de un grupo doméstico cuestionan, negocian y toman decisiones en torno al objetivo de llevar a cabo una emigración interna o trasnacional; asimismo, que se ven inmersos en dilemas de género en tanto situaciones donde redefinen sus relaciones e identidades como varones, al insertarse en otros contextos e interactuar con las mujeres y con otros hombres.

Si bien Tamaulipas, a diferencia de otras entidades del centro-occidente de México, no tiene una tradición migratoria trasnacional (Instituto Nacional de Estadística y Geografía, INEGI 2000), al menos se han gestado movilizaciones del campo a la ciudad y, en décadas más recientes, hay jóvenes que han emigrado a EE UU a pesar del incremento de la vigilancia en la frontera y de la violencia contra los migrantes que transitan por esta ruta (Correa Cabrera 2013). En este contexto se sitúan las experiencias de los varones tamaulipecos.

En el presente trabajo, primero se describe la estrategia metodológica para llevar a cabo el estudio; después se analizan los casos de la primera generación de varones que emigraron del campo a la capital; luego a los de la segunda generación que emigraron de Ciudad

Victoria a Estados Unidos y, por último, se presentan algunas conclusiones relacionadas con los hallazgos, pero, sobre todo, se resaltan los dilemas familiares y de género que vivieron los varones y cómo ello incidió en la redefinición de sus identidades masculinas.

Estrategia metodológica

La pregunta de investigación central del estudio fue ¿cuáles son los dilemas familiares y de género que viven los varones tamaulipecos al emigrar? Otro de los objetivos fue explorar los matices de dichos dilemas entre los que tenían trayectorias migratorias internas y transnacionales.

El trabajo se basa en las entrevistas realizadas a varones de dos generaciones y a algunas mujeres, residentes en sectores populares de Ciudad Victoria, contactados a través de la estrategia “bola de nieve”. Por un lado, a un abanico de cinco hombres y dos mujeres que nacieron entre las décadas de 1930 y 1940, quienes fueron testigos y protagonistas de diferentes procesos de cambio en la región, como los éxodos rurales a contextos urbanos como Ciudad Victoria, entre las décadas de 1960 y 1970. Por otro, a cinco varones nacidos entre 1980 y 1990. Cabe destacar que al menos dos de ellos son hijos de algunas parejas entrevistadas de la primera generación pero éstos, a diferencia de sus padres, experimentaron la expansión demográfica y la industrialización de Ciudad Victoria durante estos años, a la vez que una debacle económica suscitó el desempleo, por lo que optaron por emigrar, de forma indocumentada, a EE UU.

La técnica empleada fue la entrevista, pero en su modalidad de relato de vida (Bertaux 2005), para captar sus experiencias en cuanto a la migración interna y la transnacional, pero con pistas para identificar y comprender los dilemas familiares y de género, que vivieron los varones de una generación a otra en una misma región. El relato de vida se concibió como una forma narrativa que inicia “desde el momento en que un sujeto cuenta a otra persona, investigador o no, un episodio cualquiera de su experiencia vivida” (Bertaux 2005, 36); destaca significados, pero también referentes en tanto relaciones, procesos y normas. Visto así, las entrevistas con los varones fueron

concebidas como un medio para conocer –y reconstruir– sus relaciones migratorios, o al menos algunos, pues como hace tiempo aclaró Durand (1996, 13) en un trabajo similar, “se trata de reconstruir la historia migratoria, que no de vida”.

Si bien este trabajo se deriva de los resultados de un estudio antropológico previo sobre las identidades masculinas (Hernández 2007), se enriquece con otro etnográfico posterior en la capital tamaulipecana (Hernández 2013a) pero, sobre todo, se diferencia del inicial al enfocarse en la migración como un fenómeno histórico y cultural, que también moldea las identidades de género de los varones, sobre todo al tomar decisiones que se traslanan con la reorganización familiar y las relaciones con las mujeres y otros hombres en distintos espacios y situaciones.

Varones migrantes del campo a la ciudad capital

Estévez Saá (2000) y Matos Araújo (2002) han documentado el éxodo o migración rural, y destacado que su origen es la ausencia de políticas gubernamentales de apoyo al campesinado y, por consiguiente, las carencias económicas de las familias rurales. En este apartado se explorará este tipo de migración con base en los hombres originarios de ejidos y rancherías de municipios del centro y suroeste de Tamaulipas quienes, entre las décadas de 1940 y 1970, optaron por emigrar a Ciudad Victoria. Se mostrarán los dilemas familiares que enfrentaron al tomar esa decisión, conseguir dónde vivir, insertarse en el mercado de trabajo local y redefinir sus vidas con sus esposas e hijos.

Tal fenómeno, al menos en la región, fue el resultado de la falta de rentabilidad agropecuaria, la poca producción de granos en el campo debido a las sequías en esa época, los precios bajos y la carencia de tierras para repartir en un sistema patrivalilocial, donde las parcelas eran monopolizadas por el patriarca de la casa, a reserva de dar un predio al hijo mayor y, ante esto, los menores se vieron en la necesidad de recurrir a la neolocalidad en zonas urbanas.

Por supuesto, el fenómeno no fue exclusivo de las capitales de los estados pues, como han señalado García et al. (1978), entre las décadas de los años cincuenta y setenta, la Ciudad de México vivió

una situación similar al recibir a innumerables trabajadores y sus familias del campo, quienes impactaron su estructura ocupacional al entrar al mercado laboral y redefinir los estratos sociales, al ampliar los grupos populares.

Desde esta perspectiva, las emigraciones del campo a la ciudad, en Tamaulipas, formaron parte de flujos internos importantes, que alimentaron el proceso de urbanización en México durante esas décadas (Kemper 1987; Zavala de Cosío 1988), pero también en otras urbes del denominado Tercer Mundo (De Oliveira y García 1984), que tuvo implicaciones socioeconómicas y culturales. En este caso concreto, a partir de los años cuarenta las emigraciones se incrementaron, como resultado de las políticas estatales que centraron su interés en las zonas urbanas. Barragán Villarreal señala que “luego de 25 años de preocupación por el desarrollo del campo y la reforma agraria, el interés público y privado regresó al ámbito urbano” (2000, 65). Ello se matizó en la “modernización” de las calles de la ciudad, en la construcción de algunos edificios gubernamentales y, sobre todo, en casas de interés social para trabajadores del estado.

Estos flujos del campo a la ciudad capital también se debieron a las carencias económicas de las familias. Ya fuera que residieran en ranchos, ejidos u otras localidades rurales de Tamaulipas, el trabajo en el campo no daba los ingresos suficientes para cubrir necesidades del hogar, en especial de familias numerosas, lo que estimuló la emigración a Ciudad Victoria. La elección de este lugar se debió a que durante esos años constituía la ciudad más cercana para los varones con familias y necesidades económicas apremiantes. Ellos vislumbraron que ahí tendrían la oportunidad de adquirir un terreno para construir sus casas, conseguir un empleo y encontrar escuelas para sus hijos o hijas, por ello llegaron innumerables familias, como parte de un éxodo rural masivo.

De 1950 a 1960, por ejemplo, la población urbana en Tamaulipas creció de 53 a 60 por ciento. Algo similar aconteció en el municipio de Ciudad Victoria, donde el incremento fue de 75 a 84 por ciento. En ambos hubo un crecimiento demográfico significativo entre 1950 y 1980, lo que propició la expansión de la mancha urbana en la capital.

Un ejemplo de las emigraciones del campo a Ciudad Victoria es la generación de hombres y mujeres adultos que residen en secto-

Figura 1

Población urbana y rural en Tamaulipas y Ciudad Victoria,
1950 y 1960

Población	Tamaulipas		Ciudad Victoria	
	1950	1960	1950	1960
Urbana	380 281	612 757	31 815	50 797
Rural	337 886	411 425	10 844	9 685
Total	718 167	1 024 182	42 659	60 482

Fuente: INEGI (1990).

Figura 2

Población total en Tamaulipas y Ciudad Victoria, 1950-1980

Año	Tamaulipas	TCMA [*] %	Ciudad Victoria	TCMA %
1950	718 167		42 659	
1960	1 024 182	3.6	60 482	3.5
1970	1 456 858	3.7	95 785	4.9
1980	1 924 484	2.7	153 206	4.6

Fuente: INEGI (1990).

*Tasa de crecimiento media anual.

res populares. Una encuesta (Hernández 2004) reveló que 44.5 por ciento de los entrevistados nacieron en la zona urbana de esta capital, mientras que 42.9 en cabeceras y localidades rurales de otros municipios de Tamaulipas, y 3.5 emigraron de poblados rurales al de Ciudad Victoria, por varias razones. Para Lisandro, un campesino que nació en 1934 en un ejido de Jaumave, al suroeste de Tamaulipas, se debió a las carencias económicas. Él trabajaba en la parcela de su padre, y al formar su propia familia continuó viviendo en la casa paterna y trabajando la tierra pero, en 1960, decidió emigrar a la capital ante la escasez de tierra por heredar.

De manera similar le ocurrió a Genoveva, nacida en 1937 en un ejido del municipio de Palmillas, al suroeste del estado, la necesidad económica también obligó a su familia a emigrar a la capital en 1959; su esposo requería un trabajo remunerado para mantenerlos:

“Por la necesidad del trabajo, por trabajar, por los chiquillos aquí en la escuela; principalmente porque mi señor tenía que trabajar”.

Otro de los motivos para emigrar es el interés de educar a los hijos, que fue el caso de Felipe, quien nació en 1937 en un ejido del municipio de Güémez, en el centro de la entidad. Aun cuando no le parecía la idea, porque tenía un prejuicio sobre la vida en la ciudad, lo hizo con la finalidad de que su única hija siguiera estudiando, lo que él narra así:

En (el ejido) Graciano la salida yo no la tenía ni en sueño, porque yo el pueblo para mí nomás no, no me gustan los pueblos. Luego tuvimos esa chamaquita y empezó a estudiar, iba muy bien con el estudio ella. Platicando aquí yo y la mujer, (le dije): Oye, ¿cómo ves?, ¿cómo le vamos a hacer?, ¿a dónde nos vamos? Yo he visto gente que anda pa’ arriba y pa’ abajo rentando (en la ciudad), yo quisiera que le hiciéramos la lucha de que la niña aprenda una letra más y conozca.

En contextos rurales de Tamaulipas, los ingresos provienen de actividades agropecuarias. Este era el caso de hombres y mujeres como los entrevistados, quienes vivían en ejidos donde prevalecía una economía basada en el autoconsumo y la venta de la producción agrícola y de animales de traspatio. En esa situación, los hombres se veían limitados para desempeñarse como proveedores. González Montes plantea que en las relaciones sociales familiares y de género “la jefatura masculina tiene connotaciones de prestigio y se logra plenamente sólo en condiciones en que el aspirante a *pater familias* tiene ingresos y recursos económicos adecuados para respaldar ese papel” (1993, 30). Así, en un contexto rural de precariedad económica, el desempeño de los hombres como proveedores se vio minimizado y con ello su prestigio como jefes del hogar.

Por ejemplo, Samuel, quien nació en 1943 en un ejido de Llera, al sur de Tamaulipas, comentó que llegó a Ciudad Victoria con su familia en 1968. “Todos llegamos pobres, nos venimos del rancho aquí porque queríamos darles estudios a los muchachos. No teníamos casa ni nada allá donde vivíamos en el ejido El Ébano de Llera, de ahí me vine para acá”. Para Samuel fue claro que no podrían aspirar a un

mejor nivel de vida en su ejido. Como hijo de a vecindado –y no de ejidatario– no poseía tierras para cultivar. Además, al casarse procreó siete hijos, residía con sus padres y trabajaba como tractorista, pero lo que ganaba no era suficiente. Él agregó que “en el rancho se come y se trabaja pero nada más, yo ya no podía y por eso me vine”.

Como se puede observar, las principales razones por las que hombres y mujeres de las áreas rurales emigraron a Ciudad Victoria fueron las penurias económicas, y el interés en dar educación a sus hijos e hijas en la capital; la precariedad en el campo fragmentaba su imagen como hombres proveedores económicos, a la vez que su prestigio como jefes de familia, y al emigrar se propusieron legitimarse como muestran las narrativas de Felipe y Samuel.

Sin embargo, como se verá más adelante, la legitimación de la autoridad masculina en el ámbito urbano fue relativa; los hombres se insertaron en empleos mal remunerados, se enfrentaron al desempleo o despilfarro de sus finanzas, lo que suscitó cuestionamientos en el trabajo y también por parte de las mujeres, quienes tuvieron que contribuir a la economía doméstica.

Los entrevistados tomaron la decisión de emigrar a Ciudad Victoria, aunque al hacerlo se cuestionaban si restituyeron parte de su prestigio como proveedores económicos, con el argumento de ser ellos los jefes de familia haciendo valer su autoridad como hombres. Por ejemplo, Felipe comentaba que él quiso irse del rancho a la capital, pues ya no “sacaba para la papa”, y eso lo hacía sentirse mal ante su esposa e hija: “Me ponía a pensar: es que acá ya no hay de dónde, y qué va a decir mi familia, entonces dije: pues a irnos, no hay de otra, entonces ya les dije que nos vamos, aunque como que no querían, pero que nos venimos oiga, y batallando pero nos quedamos”.

Las reacciones de las mujeres ante la decisión de emigrar oscilaron entre el acuerdo y la sorpresa. Por un lado, reconocían que se sustentaba en su interés por mejorar el nivel de vida familiar; mientras que en el campo no podían lograrlo, en la ciudad percibían otras oportunidades. Por el otro, cuestionaron el desarraigo familiar y comunitario que experimentarían.

La esposa de Felipe le decía, “no quería irme del rancho, porque pues allá estaban mis papás y la gente que conocía” pero, sobre todo, su resistencia radicaba en cierta preocupación de que su hija no se

adaptara: “Él me decía: es que tenemos que irnos, aquí ya no hay de dónde, pero yo le contestaba que no, que por la familia, por la niña, porque a lo mejor no le caía bien vivir en la capital, cómo la tratarían, pero al fin nos venimos”.

Cuando el esposo de Genoveva, Alberto, quien nació en 1938, le dijo que tenían que irse a Ciudad Victoria para conseguir trabajo, ella le respondió: “Pues que sí, pues tenía los niños chiquitos y luego en la escuela, estábamos bien fregados. Pensé que allá de perdido a hacer tortillas, a lavar, habría qué hacer”. Otras mujeres como Hilda, la esposa de Felipe, quien nació en 1938 en el mismo ejido que él, vivieron de manera angustiada la decisión de emigrar.

Así, la necesidad económica en las familias justificó la emigración. Si bien los hombres tomaron la decisión, las mujeres en parte estuvieron de acuerdo reconociendo sus carencias, y las mayores oportunidades que tendrían en la capital, a pesar de dejar a su familia de origen y amigos, pero conscientes de mejorar su economía en un contexto citadino. También los y las hijas estuvieron implicados en este proceso, cuestionaron el desarraigo familiar y comunitario, así como las estrategias familiares de reproducción social (Mummert 1994) al estar en la capital. La hija de Hilda, quien tenía siete años cuando sus padres emigraron del ejido de Güémez, solía preguntarle a su mamá: “¿cuándo nos vamos para la otra casa, mami, con mis abuelos?”

Por otro lado, cuando Genoveva les dijo a sus hijas que se irían a Ciudad Victoria, ellas se resistieron y le preguntaron “¿qué vamos a hacer allá, mamá?, ¿dónde vamos a vivir?” Visto así, mientras que las esposas no cuestionaron la decisión de los hombres porque reconocían las carencias en el campo, las hijas la replanteaban en términos de la necesaria reorganización familiar, es decir, pusieron en perspectiva de sus padres hasta dónde mudar el hogar a otro contexto implicaría ventajas o desventajas en el proceso de desarraigo de sus lugares de origen, o bien de adaptación al de destino.

Al llegar a Ciudad Victoria, hombres y mujeres empezaron a buscar pequeñas viviendas o cuartos en alquiler para instalarse. Otros, como Lisandro, llegaron con parientes mientras conseguían un lugar propio: “Yo llegué con un primo hermano que vivía acá en una colonia, mientras conseguíamos dónde vivir, luego empezamos a rentar”.

Así, mientras algunas familias no conocían a nadie otras echaron mano de redes de parentesco o de amistad para instalarse (Kemper 1987, 80). Para las primeras la situación se tornó difícil, en especial para los hombres, quienes se sentían desesperados porque no conseguían un trabajo asalariado; mientras que las segundas tenían el apoyo, aunque ocasional, de parientes o amigos.

En la capital, además, tanto hombres como mujeres estuvieron inmersos en un ambiente caracterizado por la infraestructura urbana (por ejemplo, las calles pavimentadas, los servicios públicos en el centro, los negocios); ahora ellos tenían que “montar” en vehículos motorizados colectivos para trasportarse, portar sus herramientas de trabajo y no armas, y juntarse con amigos para beber o platicar en lugar de ir de cacería. También, hombres como Lisandro, acostumbrados a ser sus propios jefes en el trabajo agropecuario, resintieron la jerarquía laboral en la que se insertaron al residir y trabajar en la ciudad, así como el desarraigo familiar y comunitario: “Yo extrañaba salir a trabajar en lo mío, en lo propio de la labor, que nadie me anduviera ordenando; extrañaba ver a mi familia, extrañaba la conversación con los amigos, pues allá nací”.

Los inmigrantes se dieron a la tarea de colocarse en el mercado de trabajo local, en una actividad remunerada que les permitiera sostener a sus familias. Habitados a las labores en el campo, los hombres no encontraron un empleo acorde a su experiencia, habilidad o trayectoria personales, tuvieron que tomar uno temporal y mal remunerado, o desempeñar algún oficio por cuenta propia. Provenientes de una economía campesina, los hombres comenzaron a proletarizarse en un contexto urbano-citadino, lo cual repercutió en las identidades y relaciones de género construidas en el trabajo al interactuar con otros hombres, en particular en puestos relacionados con la industria de la construcción, donde varios de ellos laboraron (Lomnitz Adler 1975, 175).

Por ejemplo, cuando los hombres se colocaban como ayudantes de albañil, ocupaban la posición más baja en la jerarquía laboral. Estaban sujetos a la autoridad del “maestro” albañil, quien ordenaba a sus ayudantes lo que tenían que hacer, y la hora de salir. En construcciones grandes, los “maestros” a su vez dependían de un jefe de albañiles y éstos de un ingeniero o administrador general. En este ámbito, las

confrontaciones entre “maistros” albañiles y ayudantes eran comunes, porque los primeros cuestionaban el trabajo de sus ayudantes, o porque éstos consideraban que trabajaban de más, salían más tarde de lo previsto o no les pagaban a tiempo. La situación provocaba negociaciones, altercados verbales y, en otros casos, despidos.

El esposo de Genoveva, por ejemplo, quien se desempeñó como ayudante de albañil, narraba al respecto: “Cuando empecé como en la cuchara, de ayudante, pues no sabía mucho, y fui aprendiendo, pero los otros de repente se burlaban y a veces me enojaba y los encaraba. Hubo veces que nos gritoneamos, pero luego el maestro nos aplacaba y nos regañaba, y a callar y seguir jalando, qué más, porque si no pues hasta sin chamba se quedaba uno”.

Desde otra mirada, la jerarquía laboral en la industria de la construcción no sólo propiciaba confrontaciones entre “maistros” y ayudantes de albañil, también sentaba las bases para el “cuatismo” entre hombres, en particular los fines de semana, cuando era día de paga, o al concluir la jornada. En este caso, el trabajo en la construcción servía como ámbito de homosocialidad (Gutmann 2001, 18), se estrechaban las relaciones de amistad entre hombres, sobre todo al consumir cerveza o irse de parranda. Sin embargo, este proceso de homosocialidad masculina entre cuates, en el trabajo o fuera de él, también repercutía en las relaciones familiares. Hilda, por ejemplo, comentó que cuando recién llegaron su esposo Felipe comenzó a trabajar en “la obra”. Después de la jornada laboral, él optaba por irse de parranda con los cuates: “Él se iba a su trabajo y luego se iba, se hacía de noche y no llegaba, se iba a platicar con un compadre, o a veces se iba con amigos a tomar”.

Otras mujeres, como Genoveva, cuestionaban el desempeño de los hombres como proveedores. Si bien su esposo Alberto laboraba como ayudante de albañil, ella dudaba que realmente trabajara, puesto que los días de pago no contribuía materialmente en la casa: “En la obra, que iba a la obra, quién sabe si se haría tonto o no, pues llegaba y no me daba ni un centavo, que no ganaba nada”.

En estos casos, incluso los hijos cuestionaban a sus padres como proveedores. Genoveva narra lo que uno de sus hijos adolescentes le decía al padre, al ver que no traía dinero a la casa: “Él le decía: ¿pues entonces no anda trabajando, apá? Y él le decía: ¡cállate, muchacho!,

se enojaba porque le preguntaba". Así, aunque los hombres trabajaran, la imagen de algunos como proveedores económicos y responsables con la familia era puesta en duda por sus esposas e hijos.

Sin embargo, ya fuera que los hombres trabajaran como asalariados en la industria de la construcción o por cuenta propia, a veces su contribución no era suficiente para cubrir las necesidades familiares. Cuando los asalariados quedaban desempleados o no conseguían autoemplearse, la necesidad los presionaba como autoridad y jefes de familia.

El caso de José, un campesino de un rancho del centro de Tamaulipas, quien nació en 1940, es ilustrativo, pues por más de cinco años trabajó en una desfibradora de henequén hasta que lo despidieron. José recuerda: "No supe qué hacer, más que volver a limpiar solares, pero no se ganaba bien, a veces ni tenía trabajo. A la casa llegaba y con qué ojos miraba a mi vieja y mis hijos, no llevaba nada, no había dinero". Sin embargo, algunas esposas, como María, también cuestionaron directamente a los maridos:

Lo que pasa es que cuando llegamos él dizque empezó a chambear en la obra, y sí lo hacía pero pus [sic], que le pagaban poco, que no alcanzaba, pero luego se lo gastaba en otras cosas y yo le decía: oye no, deja para la casa algo, para tus hijos. No pus [sic] se enojaba, y me decía que para qué dudaba de él, que no le reclamara, pero no cumplía, digo, tenía su familia. Luego empeoró porque quedó sin la chamba, lo corrieron y andaba de genio, así que tuve que ponerme a trabajar, que lavando, que en el aseo con una señora, pero luego se enojaba, no se crea. Y yo decía: '¡Ni que él cumpliera!, que se enoje'.

Estaba claro que el desempleo o la insuficiencia de ingresos minaba la economía de las familias. Además, cuestionaba la imagen de los hombres como proveedores capaces de sostener a esposa, hijos e hijas. Como han planteado algunos estudiosos de las masculinidades en Sudamérica, el desempleo es una experiencia en la que los hombres se sienten vulnerables como tales, ya que les desestructura la vida al desplazarlos del ámbito público del trabajo (Viveros et al. 2001).

Sin embargo, no sólo en esa región del continente el trabajo es un ámbito importante en la construcción de identidades masculinas, también en el norte de México, donde ya desde principios del siglo XX, según French (2000), era relevante para los significados sobre ser y actuar como un hombre entre obreros de Chihuahua; en fecha más reciente, para el caso de hombres sonorenses (Núñez Noriega (2013); o bien de trabajadores de la industria maquiladora en ciudades fronterizas en general, como plantea De la O (2013).

El desempleo, la inestabilidad laboral o los ingresos reducidos que obtenían los hombres sentaron las bases para la incorporación de las mujeres al trabajo fuera del hogar. Algunas comenzaron como empleadas domésticas o lavando ropa y planchando en sus domicilios, con lo que complementaban los ingresos masculinos y contribuían a la economía familiar, tal como sucedió en el norte de México durante la misma época (Núñez Noriega 2013).

Las dificultades enfrentadas por los hombres para colocarse y mantenerse en el mercado laboral local, en una actividad que les permitiera sostener a sus familias, redundó en una menor resistencia a la inserción de las mujeres en el trabajo extradoméstico remunerado. Aunque no todas lo hicieron, según sus esposos, pues algunas nunca tuvieron necesidad de trabajar, es decir, ellos construyeron una ideología y práctica referente a que eran quienes mantenían y, por el contrario, ellas quienes debían atenderlos (Núñez Noriega 2007). Estos hombres consideraban que eran los únicos responsables de mantener a sus familias y, con lo que ganaban, era más que suficiente. Por ejemplo, cuando a Lisandro se le preguntó si cuando llegaron a Ciudad Victoria su esposa laboró fuera de casa, respondió: “Ella no trabajó, se dedicaba nomás a lo del hogar, nunca hubo la necesidad de que trabajara”. Mientras que Alfonso expresó lo siguiente: “No, ella no trabajó, nomás a lo de la casa y los hijos”.

Sin embargo, cuando algunas mujeres realizaron trabajos extradomésticos trasgredieron las supuestas fronteras de lo público-privado, al mismo tiempo que cuestionaban a los hombres como proveedores únicos. Así, mientras que ellos se situaban solamente en lo público, tenían poca relación con lo privado del hogar, en tanto ellas articulaban esta esfera con la pública del trabajo remunerado, para contribuir a la economía doméstica. Es decir, más allá de una posible separación

tajante entre los ámbitos de lo público y lo privado, tanto hombres como mujeres interactuaban en ambos, aun cuando cotidianamente se situaban en uno u otro según el sexo. Como han planteado Pérez Prado y Mummert: “No obstante, la existencia muy efectiva de esta distinción en la vida cotidiana y su utilización para fines de control social es muy clara” (1998, 19).

Si bien la inestabilidad laboral de los hombres menguó su resistencia al trabajo femenino remunerado, al principio cuestionaban las relaciones sociales que las mujeres tejían fuera de la casa, argumentando que corrían riesgos innecesarios. Detrás de esto, había sospechas sobre la fidelidad de ellas, y sus intentos por controlar sus movimientos y sexualidad. Las mujeres justificaban su trabajo remunerado en términos de apoyo a la economía familiar subrayando que, a final de cuentas, los maridos contribuían con más ingresos y todos salían beneficiados.

Como se ha destacado, el caso del éxodo rural de hombres y de mujeres a Ciudad Victoria formó parte de un flujo migratorio interno, que alimentó el proceso de urbanización en la capital tamaulipeca, al igual que en otros contextos de México durante el mismo periodo (Zavala de Cosío 1988, 81) pero, sobre todo, este fenómeno redefinió las identidades de los varones migrantes al renegociar relaciones de género con diferentes miembros de sus familias y de la comunidad.

Varones migrantes de la ciudad capital al otro lado

Tal como afirman Huacuz Elías y Barragán Solís (2008), entre las causas que estimulan la emigración juvenil masculina a Estados Unidos se encuentran las necesidades económicas y también la de ajustarse a estereotipos de género que plantean la proveeduría, la autoridad y el prestigio como cualidades para ser reconocido como un hombre, tanto en la familia como en la comunidad.

Sin duda emigrar al otro lado, al menos para algunos varones jóvenes, constituye tanto un rito como un reto masculino que se vincula con la aspiración de ganar dólares, como fue el caso de algunos de los que emigraron de Ciudad Victoria a Estados Unidos desde los

años noventa, principalmente a ciudades del valle de Texas, cuyas experiencias se insertaron en un proceso migratorio más amplio ocurrido antes y durante esta década por la frontera entre Tamaulipas y Texas (Sánchez Munguía 1993).

No obstante, para estos jóvenes el precedente de la experiencia de emigrar fueron las negociaciones con sus padres, madres o esposas. “Cuando ya estaba pa’ cruzar el charco sentí regacho”, expresó Raúl, de 27 años, el hijo mayor de Genoveva y Alberto, de la primera generación. A la pregunta de por qué, respondió muy seriamente: “Pues es que me acordé de mi amá, que no quería que viniera porque me podía pasar algo, y mi apá que decía que aquí había trabajo, pero me animé y me vine, ya luego cruzamos y llegamos a un rancho”.

La narrativa de Raúl hace énfasis en los dilemas familiares que viven algunos varones que han emigrado a EE UU. A diferencia del apartado anterior, aquí se analizará la emigración internacional de algunos de los hijos varones de los hombres y mujeres que llegaron a Ciudad Victoria, Tamaulipas, entre las décadas de 1940 y 1970. El caso de estos hombres es por demás interesante, pues muestra cómo con cada generación la migración puede adoptar matices diferentes, a la vez que resalta cómo se redefinen las identidades y relaciones de género entre algunos varones jóvenes que emigran a Estados Unidos y construyen una vida trasnacional (Gledhill 2009), la cual articula espacios, objetos y relaciones sociales distintas, que son significados tanto por hombres como por mujeres, sean o no migrantes. Esto llama la atención en un estado como Tamaulipas donde, al menos desde los años sesenta, se instalaron empresas maquiladoras en su frontera norte, que empezaron a acaparar mano de obra juvenil y, por lo tanto, a servir como barreras de la emigración al país vecino. Sin embargo, para algunos de los entrevistados era más conveniente trabajar del otro lado, a pesar de que algunos de sus amigos y conocidos optaron por quedarse en maquiladoras de la frontera.

Aun cuando desde hace décadas estas empresas se instalaron en esta región fronteriza ofertando empleos, sin considerar los riesgos laborales que implica (Quintero Ramírez y Romo Aguilar 2001), para los jóvenes varones éstas no constituyán una opción laboral como trabajar en Estados Unidos, pues “de querer ser obreros de maquilas”, decían, entrarían a las de Ciudad Victoria. Fue por ello que algunos

optaron por emigrar al otro lado, aún cuando su decisión obedecía más a intereses personales que a una tradición migratoria colectiva en la región. Según datos oficiales, para el año 2000 salieron de Tamaulipas 32 665 habitantes para ir a vivir a EE UU, es decir, 12 de cada mil personas. Dicha cifra es menor si se compara con datos nacionales, pues el promedio de emigración a aquél país fue de 16 de cada mil, como entidades expulsoras sobresalen Zacatecas, Michoacán y Guanajuato (INEGI 2000).

Figura 3

Porcentaje de la población emigrante a Estados Unidos,
en algunas entidades mexicanas, 2000

Entidad	%
Zacatecas	4.8
Michoacán	4.2
Durango	3.5
Aguascalientes	2.9
Guerrero	2.7
Colima	2.4
Querétaro	2.3
Nacional	1.6
Tamaulipas	1.2

Fuente: INEGI (2000).

Aunque Tamaulipas es un estado fronterizo, es bajo el porcentaje de personas que emigra al otro lado. En Ciudad Victoria es similar, si se compara, a escala regional, con la cifra de emigrantes de otros municipios de la entidad. Sin embargo, más de algún varón –o mujer– al menos una vez ha emigrado para “probar suerte” en el vecino país, como fue el caso de algunos varones jóvenes. Por ejemplo está Raúl, con apenas la mayoría de edad, a quien unos amigos le presentaron la idea de irse de mojado a Estados Unidos, para trabajar y ganar dólares, lo cual le pareció “emocionante”. Después de pensarla, se atrevió a decírselo a sus padres. Su madre le advirtió de los peligros de cruzar el río Bravo, de que lo detuviera la Patrulla Fronteriza, o de

ser encarcelado por no tener papeles. Su padre también le señaló lo riesgoso de cruzar de forma ilegal, pero además hizo énfasis en que no tenía necesidad de irse, pues de este lado de la frontera también había trabajo, no bien pagado pero seguro. Era la década de los años noventa, y en la capital las industrias maquiladoras y de la construcción demandaban mano de obra (Ibarra Salum 2000).

Sin tener la experiencia como inmigrante en EE UU, la madre de Raúl construyó su propia imagen sobre los riesgos de que se fuera, asimismo, el padre aludió a la garantía del mercado local de trabajo que, aunque poco redituado, era mejor opción comparada con la inseguridad de estar en otro país de indocumentado. En el fondo, los dos se resistían a que su hijo se fuera.

No obstante, Raúl tomó la decisión de emigrar como ilegal; argumentó que irse con sus amigos era seguro, pues además de ir en grupo y cuidarse mutuamente ya tenían asegurado a dónde llegar al estar en el otro lado, así como trabajo, pues allá se encontraban los parientes de uno de sus amigos. Era evidente que Raúl ya había forjado su propia estrategia para emigrar y definido sus metas. Esta experiencia, como la de otros de los entrevistados en Ciudad Victoria, denota no sólo algunos casos de emigración internacional a Estados Unidos, sino también los dilemas familiares que enfrentan antes de partir, en particular los solteros, que viven bajo el techo de sus padres y a quienes les plantean la situación, a pesar de ya haberlo decidido.

Tal caso es similar al de jornaleros tamaulipecos que también han entrado de forma ilegal a EE UU, y para quienes “la decisión de emigrar cobra un carácter individual [...]. Es el individuo, quien después de valorar las ventajas y desventajas de emigrar, decide arriesgarse y traspasar la frontera de forma clandestina” (Izcara Palacios 2010, 610). Sin embargo, a pesar de haber hecho lo anterior, y de soportar las redes y relaciones sociales con las que contará de uno y otro lado de la frontera, plantear la decisión a sus padres pone en perspectiva su identidad como hijo, hermano y hombre: considerar el sufrimiento de la madre, el abandono de los carnalillos o el reto de los amigos, no es para menos. De lo contrario, varones como Raúl no hubieran “sentido regacho” justo cuando estaban a punto de cruzar el río Bravo. Pero no todos los casos son similares, hubo otros jóvenes que enfrentaron dilemas diferentes, que pusieron en entredicho su masculinidad, sobre todo ante su padre y otro pariente varón.

La experiencia de Jesús, que a los 22 años emigró al otro lado, es por demás ilustrativa. Uno de sus tíos, quien años antes había sido ilegal en EE UU, lo instó a irse juntos de “mojados” garantizándole encontrar trabajo y ganar “muchos dólares”. Sin embargo, Jesús no quiso argumentando que le daba miedo, porque no sabía nadar bien. Ante esto, la reacción de su tío fue:

No, que me empieza a decir: ‘¡No seas maricón!, ¡si vas conmigo!, yo ya conozco allá, ya sé a dónde vamos a llegar, mira, hay unos amigos que nos ayudan a conseguir chamba’. No, pero es que le saco a nadar, dicen que el río está peligroso y no sé bien nadar –que le digo, pero no le pareció, que se empieza a reír de mí y a decirme que era maricón porque le sacaba a eso–.

Debido a la presión de su tío, Jesús comenzó a interiorizar la idea de emigrar olvidando que no nadaba del todo bien, a partir de imaginar los dólares que ganaría al trabajar allá y de cómo podría ayudar a su familia. Por ello, decidió decírselo a su padre suponiendo que éste, ante las presiones económicas que vivía la familia en aquél momento, avalaría su decisión. Sin embargo, no fue así. A decir de Jesús, su padre al principio le cuestionó en qué pensaba trabajar allá, qué haría si su tío no lograba conseguir empleo para ambos o si eran detenidos por la Patrulla Fronteriza, y si ganaba dólares creía que le alcanzaría como para mantenerse y enviarles algo de dinero para solventar algunos gastos.

Ante esto, Jesús le planteó que, a decir de su tío, había unos amigos en Houston que les conseguirían trabajo en un restaurante y que, de no ser así, buscarían en otra parte y que, de cualquier manera, él vería la forma de trabajar y ganar dinero para enviarles algo. No obstante, para sorpresa de Jesús, su padre reaccionó de manera iracunda diciéndole que no era responsable de sus actos:

Fíjate que me sacó de onda, porque de repente me comenzó a decir que si aquí no quería trabajar allá menos, que se me hacía fácil irme al otro lado y que no pensaba en ayudarlo a él a trabajar, y que además pos (sic) no sabía defenderme aquí y menos allá lo haría aunque anduviera con mi tío, pero le dije: ¿sabes qué?, yo quiero irme, ya si no la hago pues me regreso y acá trabajo.

Este caso pone en perspectiva cómo la decisión de emigrar incluye dilemas, en los que los varones se ven inmersos en la disyuntiva de dejar a la familia de origen para buscar mejores oportunidades laborales y salariales, pero también evidencia cómo sus identidades masculinas son cuestionadas por otros hombres, que ponen en entredicho su valor o su responsabilidad como hijos y trabajadores.

La experiencia de este joven migrante de Ciudad Victoria se asemeja a la de otros de contextos rurales del centro de México, quienes ante esto ven redefinida su masculinidad. Al comparar en su estudio sobre varones migrantes de un pueblo rural de Veracruz, Rosas (2007) plantea que tomar esta decisión para ellos es un desafío para su propia hombría, pues no hacerlo demerita su imagen como hombres valientes. Algunos también enfrentaron dilemas, con su familia de procreación, es decir, quienes ya habían formado su propio hogar, de forma similar a los varones solteros, tuvieron que negociar con sus esposas y sopesar el hecho de dejar a sus hijos o hijas.

A fines de 2012 Esteban, de 35 años, narró cómo había decidido emigrar a Estados Unidos en compañía de unos amigos, uno de ellos con experiencia migratoria previa que a su vez tenía unos parientes en una ciudad de aquel país y quienes, según le dijo a Esteban, podían acomodarlos en un lugar para vivir y conseguirles un trabajo. Como resultado de la invitación, y debido a que entonces Esteban era ayudante de albañil, optó por decirle a su esposa que deseaba irse al otro lado para juntar algún dinero, ya que la situación económica de la familia no era buena y entre los gastos alimenticios y escolares, la renta y los servicios el dinero que obtenía no alcanzaba. Él narra que cuando le comentó a Patricia, ella le dijo:

Se puso como que triste y luego empezó a decirme que pues sí, que necesitábamos el dinero, pero que también pensara en que ella y los niños se iban a quedar solos, que mientras cómo le iban a hacer. Pues mientras con los ahorros que tengo la pasan, le dije, ya luego cuando comience a trabajar allá pues les mando algún dinero. Sí, pero los niños necesitan a su papá, me decía ella, y la verdad eso me caló, pero pues la necesidad. Mira, nomás unos meses y me regreso, mientras pues se van con mis papás si quieres, para que no estén solos, y ya como que aceptó, pero no quería.

La reacción de la esposa de Esteban demuestra cómo la decisión de emigrar de los hombres está impregnada por valoraciones y negociaciones. En este caso, la responsabilidad de los hombres como los proveedores económicos de la familia es un elemento que, al menos al principio tiene un peso suficiente, sin embargo, dicha responsabilidad se ve traslapada con la de ser esposos y padres ausentes.

En parte de la literatura sobre migración, algunas autoras han documentado las negociaciones que emergen entre las parejas cuando los hombres deciden irse a Estados Unidos (Mummert 1986; Malkin 1998). Sin embargo, son contadas las que hacen énfasis en los dilemas de género que sortean los hombres al contemplar a sus familias de procreación. Un ejemplo de esto es el estudio realizado por Carolina Rosas (2008) en una comunidad rural de Veracruz y una ciudad de Chicago. La autora mostró que si bien en sus contextos de origen los varones tienen arraigada la idea de ser los proveedores económicos, al tomar la decisión de emigrar al otro lado entran en un predicamento por tener que dejar a la esposa e hijos; ser vistos como “malos” maridos y padres demerita su imagen como los jefes de familia responsables.

Además, para algunos la idea de dejar sola a la esposa y a los hijos no sólo los cuestiona como esposos o padres irresponsables; también construyen la incertidumbre de una posible infidelidad femenina ante su ausencia, en especial durante períodos prolongados durante los cuales ellas pueden conocer a otro hombre y tener un romance, aunque sea temporal. Roberto, un obrero de 28 años, hijo de Felipe e Hilda, de la primera generación, quien emigró durante dos años al otro lado, comentaba lo siguiente:

Cuando me fui pues mi vieja sí me puso a pensar, que a lo mejor me podía pasar algo, o que si no me alcanzaba para mandarles dinero, pero pues le dije ‘mija, la lucha le voy a hacer, porque pues necesitamos’. Eso me puso a pensar que la dejaba sola y a los chavitos, estaban chiquitos todavía, pero también me puse a pensar: No, mejor no duro tanto, no sea que mi vieja vaya a encontrarse a otro y mientras yo trabajo pues me ganan el mandado. Luego le decía a ella y se enojaba, ‘más bien tu lo hiciste’, me decía, pero no, nada de eso.

La incertidumbre de los varones sobre la fidelidad de sus esposas durante su ausencia, no es algo que sólo ellos construían. Para algunas mujeres la idea de que los hombres se fueran las colocaba en el dilema de quedar desprotegidas tanto económica como físicamente, al igual que sus hijos, pero para otras no sólo se trataba de eso, sino también de los “peligros” que podían enfrentar como esposas, ya que al estar lejos, sus cónyuges podían encontrarse a otra mujer.

Marta, la esposa de Roberto, comentaba que cuando él se fue ella pensó, que además de quedarse sola con sus hijos, él podría entablar un romance con otra: “Él me decía que a lo mejor yo acá iba a andar de más, pero no, le dije, tú eres el que a lo mejor se encuentra una gringa y me cambias por ella, luego ya ni regresas”. Ante esta situación de desconfianza, durante la separación de las parejas mantenían contacto por diferentes medios.

Tal como Judith A. Boruchoff (2009, 355) afirmó, aun cuando las personas emigran a otro país mantienen contacto “por medio de la circulación de personas, objetos, información y dinero entre ellos, estos sitios se han entrelazado para formar una esfera de acción singular que atraviesa la frontera internacional entre México y Estados Unidos”.

Varones solteros que emigraron a EE UU como Raúl y Jesús, por ejemplo, después de unas semanas de haberse asentado en una ciudad de aquel país se pusieron en contacto con sus familias vía telefónica. A través de este medio comenzaron a narrar las peripecias que vivieron en su trayecto propiciando que sus familiares construyeran una imagen de los riesgos de la frontera, así como de la vida y de las diferencias de raza y clase en el país vecino.

Por otro lado, los casados como Esteban y Roberto, además de comunicarse telefónicamente, enseguida comenzaron a enviar dinero y algunas fotografías de las actividades laborales que realizaban, así como de convivios que tenían con algunos de los amigos o parientes con los que interactuaban los fines de semana o después de una jornada laboral. Patricia, la esposa de Esteban, comentaba que cuando él le mandó unas fotos la reacción de ella y sus hijos fue:

Me habló haga de cuenta que un fin de semana y me dijo: Oye, te voy a enviar un dinero, y en un sobre unas fotos para que las vean. ¿Pero cómo estás?, le pregunté. Bien, me dijo, y ya que recibimos

eso. ¡Nombre!, yo estaba muy contenta porque ya teníamos poco dinero, pero luego al ver las fotos pues hasta los niños con la sonrisa acá, de ver a su papá. ‘¡Mira, amá, la camionetota onde está mi apa!’, decían ellos, sí mira, ¡ah, y mira, acá están en un restaurante, se ve regrande! Si le digo, nos imaginábamos cómo era allá, se veía muy bonito.

La circulación de dinero, objetos como las fotografías y el contacto vía telefónica, entonces, tanto para los migrantes como para sus esposas e hijos fueron formas de mantener vínculos. Incluso, en el lado mexicano las esposas les retribuían el acontecer diario de sus familias narrándoles qué había pasado y cómo les iba a sus hijos. Dichas narrativas no sólo servían para tener un panorama de la vida de ellas en sus lugares de origen, y de ellos en Estados Unidos, además eran útiles para que los varones sopesaran cuánto dinero debían enviar a sus familias, así como valorar en qué se debía invertir, pues de lo contrario, en su opinión lo ganado no tenía sentido si no se invertía bien.

Marcos, un mecánico de 32 años que a principios del año 2000 emigró a EE UU de forma indocumentada, comentaba que cada vez que él le hablaba a su esposa le decía no sólo cuánto le iba a enviar de dinero, sino también le pedía que lo distribuyera en las necesidades más apremiantes, y si sobrara que comenzara a invertir en algún terreno para, después comenzar a construir su propia casa. Él describe que:

Trabajé unos meses en el corte de tomate, era una chamba muy pesada, pero ni modo, la paga no era mucha pero comparado con lo que ganaba acá pues sí estaba bien. Entonces le hablaba a mi mujer y le decía: Te voy a enviar tantos dólares, pues hay para que se mantenga, cómprales a los niños lo que necesiten para la escuela, pero también si puedes ahorra, a ver si conseguimos un solar y ya luego al pasito compramos material para hacer una casa. No pues a veces alcanzaba y otras no, pero como sea mi mujer era bien ahorradora y logramos hacernos de algo.

Para hombres como Marcos, sólo de esta manera podían hacer que su travesía valiera la pena, pues conocía a otros que sólo le envia-

ban dinero a sus familias para que sobrevivieran y, al final, no valió la pena porque regresaron sin nada. Por el contrario, para él invertir en un patrimonio significaba que los riesgos de haber cruzado de forma ilegal habían servido de algo.

Más allá de este argumento de invertir para forjar un patrimonio, al menos para los casados significaba que estaban fungiendo no sólo como proveedores económicos, sino también como esposos y padres responsables que se preocupaban y ocupaban del bienestar de su familia pues, de lo contrario, a su regreso corrían el riesgo de ser cuestionados como hombres responsables.

Por supuesto, se trata sólo de una noción de responsabilidad masculina relacionada con la proveeduría y el ejercicio de la paternidad, tal como afirmó Hernández Hernández (2009) al analizar esta clasificación hecha por las mujeres sobre algunos hombres y también por otros de Ciudad Victoria; no obstante, algunas aseveraban que los hombres responsables eran “escasos”, aun cuando muchos aludían a este discurso pero en la práctica no cumplían.

A final de cuentas, como señaló José Olavarría (2001, 165), “la masculinidad es un referente que se constituye por una serie de mandatos que estipulan que los hombres se deben al trabajo, deben trabajar por dinero, y los hombres son padres y jefes del hogar”. Sin duda, tales mandatos de la masculinidad moldearon las identidades y relaciones de género de los hombres al estar inmersos en una experiencia migratoria que los puso en la disyuntiva de actuar como tales en México y Estados Unidos.

Conclusiones

Sin duda, la migración es un fenómeno histórico y social complejo. Para el caso latinoamericano, como afirma Ruiz Sandoval (2007), tiene que ver con el desarrollo y estructuras económicas de las regiones, a la vez que con las desigualdades que se perciben no sólo en carencias económicas, sino también en la redefinición de roles masculinos y femeninos de quienes se van y los que se quedan.

En este trabajo se presentó un panorama sucinto de la migración como fenómeno demográfico y cultural. A la luz de casos etnográficos, se mostraron las experiencias de dos generaciones de varones

tamaulipecos, que fueron protagonistas de movimientos migratorios; por un lado, del campo a Ciudad Victoria y, por otro, de ésta a Estados Unidos. Así se ejemplificó cómo ocurrió este fenómeno en una región norteña de México, donde poco se ha abordado el tema, sobre todo en relación con la familia y el género.

También se ilustró cómo tanto para una generación como para la otra, la decisión de emigrar estuvo marcada por las carencias económicas, pero también por dilemas familiares y de género, que los varones enfrentaron o negociaron con sus esposas, hijos o hijas, por una parte, o con sus padres, esposas o parientes, por la otra, de tal manera que esto significó la redefinición de sus identidades y relaciones de género.

Como botón de muestra, el caso de los varones migrantes de la colonia Libertad de Ciudad Victoria, es un ejemplo de cómo algunas familias residentes en regiones fronterizas construyen y moldean sus vidas en el marco de movimientos migratorios regionales o trasnacionales.

Además, las experiencias migratorias de tales varones, aunque forjadas en diferentes momentos históricos y entre una generación y otra están diferenciadas, son evidencia de que optar por una emigración regional o trasnacional, está traslapada no sólo con las carencias económicas sino también con la aspiración de conseguir un trabajo mejor remunerado, educar a los hijos o forjar un patrimonio, aunque experimentaron dificultades de adaptación cultural en contextos mexicanos o estadounidenses.

De igual forma, se hace palpable el hecho de que para los varones el antecedente de la decisión de emigrar en varios casos es que sienten mermada su autoridad y prestigio como jefes de familia, a partir de su incapacidad de fungir cabalmente como los proveedores económicos de la familia, por lo que emigrar a la capital o al otro lado significó una forma de restituir y legitimar lo anterior.

Sin embargo, el caso de los varones migrantes tamaulipecos también expone que, a pesar de que ellos tomaron la decisión de irse y sólo en parte la consensaron con sus esposas o padres, se enfrentaron a un conjunto de dilemas familiares y de género: provocar el sufrimiento de la madre o abandonar a la esposa, defraudar al padre o dejar solos a los hijos y, finalmente, ser cuestionados como *padresposos*, e

incluso dudar de la fidelidad de la esposa. Por supuesto, tales dilemas adquirieron matices particulares para cada generación, mientras que la de adultos vivió el éxodo con su familia de procreación, y las esposas e hijas le cuestionaron el desarraigo rural, la de los jóvenes vivió su experiencia individual; se puso en duda su condición de esposos y padres responsables.

Más allá de lo anterior, un elemento destacable es que la primera generación de adultos migrantes experimentó un proceso de vida traslocal, caracterizado por la añoranza campirana en un contexto urbano; la construcción de analogías rurales en la ciudad (por ejemplo usar microbuses en lugar de caballos, o herramientas de albañilería en lugar de armas), y la visita esporádica de familiares (tanto en uno como en otro espacio) para revivir la vida en “el rancho”. En cambio, la segunda generación de jóvenes vivió uno trasnacional, construido a partir de la denominada circulación de información, dinero y objetos de Estados Unidos hacia Ciudad Victoria, así como por la formación de imaginarios sobre la vida en uno y otro lado de la frontera, tanto por parte de ellos como de sus esposas, hijos o hijas.

Claro que aludir a la vida trasnacional como algo benévolos no es del todo atinado pues, como lo afirmó Matthew C. Gutmann (2009, 408): “El transnacionalismo no nos ha llevado a la debilitación de la frontera entre México y Estados Unidos ni mucho menos de la patrulla fronteriza”. Incluso, ya fuera en la vida traslocal o trasnacional de unos y otros varones migrantes, lo que sí se reforzó fue la transformación de identidades masculinas, a la vez que las relaciones entre los sexos.

Por ejemplo, los varones de la primera generación trasformaron sus identidades masculinas al pasar de un contexto rural patriarcal a otro urbano, donde también estaban sujetos a la autoridad masculina en el trabajo, y las mujeres comenzaron a fungir como proveedoras económicas; mientras que los varones de la segunda generación, al pasar a un contexto trasfronterizo, enviar remesas y, por consiguiente, delegar en las mujeres la administración y decisiones familiares, a pesar de su cuestionamiento como hombres responsables al ejercer la proveeduría y paternidad trasnacional.

Fuera o no la transición de un espacio geográfico y cultural a otro (llámeselo Ciudad Victoria o EE UU), el hecho de emigrar para los varo-

nes representó una oportunidad para legitimarse como proveedores económicos, y para restituir su prestigio como jefes de familia, esposos o padres responsables. Sin embargo, simultáneamente fueron cuestionados como hombres, por sus propias familias o en el lugar del trabajo. Al respecto, es relevante destacar que las mujeres como esposas, en tanto detonadoras de algunos cambios –a veces drásticos–, incidieron en las identidades de los varones migrantes y en las relaciones de género que entablaban con ellos. Ya fuera porque trabajaran o se quedaran en sus casas, por las disputas domésticas, debido a que los cuestionaban como proveedores o a las sospechas sobre infidelidades.

Es decir, a final de cuentas la decisión de emigrar y la experiencia de hacerlo, para los varones adultos o jóvenes, de uno u otro lado del río Bravo, estuvo matizada por dilemas familiares y de género diversos, que incluyeron a diferentes actores del núcleo familiar, así como distintos motivos y situaciones que ellos sopesaron antes de irse, durante su estancia y a su retorno. Además de enfrentar dichos dilemas, sus identidades masculinas se redefinieron no sólo al negociar o tomar decisiones con las mujeres, los hijos o hijas, sino también al confrontarse simbólicamente con ellas y otros hombres como varones responsables, y no “atenidos” a que alguien más proveyera o se ocupara de su familia (Hernández 2013b), sin importar que se pasara de una comunidad rural a otra urbana en México, o bien en una ciudad de Estados Unidos.

Recibido en mayo de 2014
Aceptado en agosto de 2014

Bibliografía

- Barragán Villarreal, Juan Ignacio. 2000. *Atlas de Ciudad Victoria. Ubicación estratégica para el desarrollo de oportunidades*. Ciudad Victoria: Republicano Ayuntamiento del Municipio de Victoria.
- Bertaux, Daniel. 2005. *Los relatos de vida. Una perspectiva etnosociológica*. Madrid: Bellaterra Editions.

- Boruchoff, Judith A. 2009. Equipaje cultural: objetos, identidad y transnacionalismo en Guerrero y Chicago. En *Fronteras fragmentadas*, editado por G. Mummert, 499-517. Zamora: El Colegio de Michoacán (COLMICH)-Centro de Investigación y Desarrollo del Estado de Michoacán (CIDEM).
- Correa Cabrera, Guadalupe. 2013. Violencia en el noreste mexicano, el caso de Tamaulipas: Estado, sociedad y crimen organizado. En *Violencia e inseguridad en los estados fronterizos del norte de México en la primera década del siglo xxi*, coordinado por Vicente Sánchez Munguía, 139-162. México: Red Nacional de Investigación Urbana.
- De Oliveira, Orlandina y Brígida García. 1984. Migración a grandes ciudades del Tercer Mundo: algunas implicaciones sociodemográficas. *Estudios Sociológicos* 11 (1): 71-103.
- De la O, María Eugenia (coordinadora). 2013. *Género y trabajo en las maquiladoras de México. Nuevos actores en nuevos contextos*. México: Publicaciones de la Casa Chata.
- Durand, Jorge (coordinador). 1996. *El norte es como el mar. Entrevistas a trabajadores migrantes en Estados Unidos*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara-Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades.
- _____. 1994. *Más allá de la línea*. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.
- Estévez Saá, José Manuel. 2000. La crisis del campesinado frente a la modernidad. El fenómeno del éxodo rural. Una aproximación antropológica y literaria. *Philología Hispalensis* IV (1): 143-160.
- French, William. 2000. Masculinidades y la clase obrera en el distrito de Hidalgo, Chihuahua. *Nueva Antropología* XVII (57): 33-41.
- García, Brígida, Humberto Muñoz y Orlandina de Oliveira. 1978. Migraciones internas y grupos populares urbanos: Ciudad de México (1950-1970). *Revista Mexicana de Sociología* 40 (1): 107-129.

- Gledhill, John. 2009. El reto de la globalización: reconstrucción de identidades, formas de vida transnacionales y las ciencias sociales. En *Fronteras fragmentadas*, editado por G. Mummert, 25-54. Zamora: COLMICH-CIDEM.
- Glick Schiller, Nina, Linda Basch y Cristina Blanc-Szanton. 1992. Transnationalism: a new analytic framework for understanding migration. *Annals of the New York Academy of Sciences* 645: 1-24.
- González Montes, Soledad. 1993. Introducción. Hacia una antropología de las relaciones de género en América Latina. En *Mujeres y relaciones de género en la antropología latinoamericana*, coordinado por S. González Montes, 17-52. México: El Colegio de México (COLMEX).
- Guarnizo, Luis Eduardo y Michael Peter Smith. 2009. Las localizaciones del transnacionalismo. En *Fronteras fragmentadas*, editado por G. Mummert, 87-108. Zamora: COLMICH-CIDEM.
- Gutmann, Matthew C. 2009. Viajes no utópicos en gringolandia: los migrantes mexicanos como pioneros de cambios culturales globales. En *Fronteras fragmentadas*, editado por G. Mummert, 573-584. Zamora: COLMICH-CIDEM.
- _____. 2001. Introducción. En *Hombres e identidades de género. Investigaciones desde América Latina*, compilado por M. Viveros, J. Olavarria y N. Fuller. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Hernández, H. Oscar Misael. 2013a. *Historia, cultura y masculinidades en Tamaulipas*. Ciudad Victoria: Instituto Tamaulipeco para la Cultura y las Artes.
- _____. 2013b. Los hombres “atenidos”. Masculinidad, proveeduría y disputas domésticas en Ciudad Victoria. En *Trabajo y género en Tamaulipas*, coordinado por O. Hernández y R. Vera Vázquez, 38-59. México: El Colegio de Tamaulipas.

_____. 2009. *Descubriendo a los hombres. Masculinidades y relaciones de género en Cd.Victoria*. México: Universidad Autónoma de Tamaulipas.

_____. 2007. La producción de hombres ordinarios. Procesos históricos y construcción de las masculinidades en Tamaulipas. Tesis de doctorado en antropología social, COLMICH.

_____. 2004. Encuesta sobre la organización familiar y las relaciones de género en la colonia Libertad. Ciudad Victoria.

Huacuz Elías, María Guadalupe y Anabella Barragán Solís. 2008. Cruzar la frontera: la migración internacional como rito de construcción de la masculinidad en jóvenes de Guanajuato. *La Manzana. Revista Internacional de Estudios sobre Masculinidades* III (5): 5-15.

Ibarra Salum, Rosa Ma. 2000. Análisis de la rotación de personal en la industria maquiladora de Ciudad Victoria, 1999-2000. Tesis de maestría, Centro de Excelencia, Universidad Autónoma de Tamaulipas.

INEGI. 2000. XII Censo general de población y vivienda. Base de datos de la muestra censal. Aguascalientes: INEGI.

_____. 1999. Cuaderno estadístico municipal Victoria, estado de Tamaulipas, Aguascalientes: INEGI.

_____. 1990. VII, VIII, IX, X y XI censos generales de población y vivienda 1950, 1960, 1970, 1980 y 1990. Aguascalientes: INEGI.

Izcara Palacios, Simón Pedro. 2010. Los factores no salariales de la migración internacional. El caso tamaulipeco. *Revista de Ciencias Sociales* XVI (4): 67-83.

Kemper, Robert. 1987. Urbanización y desarrollo en la región tarasca a partir de 1940. *Antropología social de la región purépecha*, coordinado por G. de la Peña, 67-96. Zamora: COLMICH-Gobierno del Estado de Michoacán.

- Lomnitz-Adler, Larissa. 1975. *Cómo sobreviven los marginados*. México: Siglo XXI.
- Malkin, Victoria. 1998. *Gender and family in transmigrant circuits: transnational migration between western Mexico and the United States*. Tesis doctoral en antropología, University College London.
- Matos Araújo, María. 2002. O êxodo dos trabalhadores rurais para as cidades á luz de Lefebvre. *Scripta Nova: Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales* VI (119): 45-64.
- Mummert, Gail. 2003. Dilemas familiares en un Michoacán de migrantes. En *Diáspora michoacana*, coordinado por G. López, 113-146. Zamora: COLMICH-Gobierno del Estado de Michoacán.
- _____. 1994. *Tierra que pica. Transformación social de un valle agrícola michoacano en la época pos-reforma agraria*. Zamora: COLMICH.
- _____. 1986. Mujeres de migrantes y mujeres migrantes de Michoacán: nuevos papeles para las que se quedan y para las que se van. En *Movimientos de población en el occidente de México*, editado por G. López y T. Calvo, 281-295. Zamora: COLMICH-Centre d'Etudes Mexicaines et Centramericaines.
- Núñez Noriega, Guillermo. 2013. *Hombres sonorenses. Un estudio de género de tres generaciones*. México: Universidad de Sonora-Pearson Editores.
- _____. 2007. Vínculo de pareja y hombría: atender y mantener en adultos mayores del río Sonora, México. En *Sucede que me canso de ser hombre... Relatos y reflexiones sobre hombres y masculinidades en México*, coordinado por A. Amuchástegui e I. Szasz, 39-71. México: COLMEX.
- Olavarría, José. 2001. Invisibilidad y poder. Varones de Santiago de Chile. En *Hombres e identidades de género. Investigaciones desde América Latina*, editado por M. Viveros, J. Olavarría y N. Fuller, 153-264. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Pérez Parado, Luz Nereida y Gail Mummert. 1998. Introducción: la construcción de identidades de género vista a través del prisma del trabajo femenino. En *Rehaciendo las diferencias. Identidades de género en Michoacán y Yucatán*, editado por G. Mummert y L. A. Ramírez Carrillo, 15-32. Zamora: COLMICH-Universidad Autónoma de Yucatán.

Quintero Ramírez, Cirila y María de Lourdes Romo Aguilar. 2001. Riesgos laborales en la maquiladora. La experiencia tamaulipecas. *Frontera Norte* 13 (número especial): 15-35.

Rosas, Carolina A. 2008. Varones al son de la migración. *Migración internacional y masculinidades de Veracruz a Chicago*. México: COLMEX.

_____. 2007. El desafío de ser hombre y no migrar. Estudio de caso en una comunidad del centro de Veracruz. En *Sucede que me canso de ser hombre... Relatos y reflexiones sobre hombres y masculinidades en México*, coordinado por A. Amuchástegui e I. Szasz, 275-308. México: COLMEX.

Ruiz Sandoval, Erika. 2007. Migración y desarrollo en América Latina. ¿Círculo vicioso o círculo virtuoso? *Pensamiento Iberoamericano* 0: 153-180.

Sánchez Munguía, Vicente. 1993. Matamoros-Sur de Texas: el tránsito de los migrantes de América Central por la frontera México-Estados Unidos. *Estudios Sociológicos* xi (31): 183-207.

Smith, Robert C. 2009. Reflexiones sobre migración, el Estado y la construcción, durabilidad y novedad de la vida transnacional, en *Fronteras fragmentadas*, editado por G. Mummert, 55-86. Zamora: COLMICH-CIDEM.

Viveros, Mara, José Olavarria y Norma Fuller. 2001. Hombres e identidades de género. *Investigaciones desde América Latina*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Wainerman, Catalina. 2003. *Familia, trabajo y género. Un mundo de nuevas relaciones*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica-Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia.

Zavala de Cosío, María Eugenia. 1988. Análisis de las migraciones internas mexicanas a nivel regional y local. En *Movimientos de población en el occidente de México*, coordinado por T. Calvo y G. López. Zamora: COLMICH-Centre d'Etudes Mexicaines et Centramericaines.